



## La familia

A mi lado ha pasado un jovenzuelo y ha lanzado una blasfemia. Y todo, porque resbaló y cayó en medio del arroyo.

Le he mirado fijamente, y una gran lástima se ha apoderado de mí: no he sabido indignarme.

¡Qué culpa tenía él! No blasfemaría si alguien no le hubiera enseñado a blasfemar.

¡Y quién sabe si esa lección la aprendió en su casa!

Tal vez en su casa menudean las blasfemias.

Porque se dan casos.

Y no uno solo, a cientos, a millones.

El gran centro de educación es por su propia naturaleza la familia,

el hogar; pero hay muchos hogares que son centro de escándalo.

¡Pobres niños educados en ellos! Blasfeman porque lo aprendieron de su padre.

Son irreligiosos porque lo aprendieron de su padre y de su madre.

De ellos aprenden también el camino del cine y del café.

¿Qué no aprenden en su hogar muchos de los jóvenes actuales?

Y esto es el gran escollo ante el cual sucumbe gran parte de nuestra juventud.

Multiplicase el Párroco en sus catecismos.

Multiplicase el maestro de escuela en la trabajosa formación de sus alumnos.

Multiplicase el periodista católico en dar a las cajas lecturas sanas y edificantes.

¡Qué cosecha de bien cabía esperar de ese triple apostolado!

Pero esa labor queda muchas veces destruida y anulada en el propio hogar.

¿Cómo los jóvenes apreciarán su fe, si en su propio hogar la ven ridiculizada y despreciada?

¿Cómo serán constantes en sus rezos, si en su propio hogar no se reza?

¿Cómo leerán prensa sana, si en su casa sólo ven periódicos insanos y revistas inmorales?

¿Cómo conservarán incólumes las ideas de orden y de justicia, si en su propio hogar se fomentan ideas revolucionarias?

Hay excepciones, ¿cómo no? pero son eso, excepciones.

Es lo general, porque es lo natural que cada uno lleve el lastre con que fué cargado en su propio hogar.

Al fin es una lección que se recibe en clase permanente y sin período de vacaciones.

Lección que se recibe por la ma-

ñana, por la tarde, por la noche, a todas horas.

Lección que se recibe día tras día y años enteros y no pocos, sin interrupción.

¿Cómo no ha de hacer mella en almas que no saben resistir, tan débiles son, las influencias del ambiente en que se mueven?

¡Y qué ambiente! el de su propia familia, que por serlo, tiene que serles amada.

Claro que no es influencia irresistible: no es estéril la labor del catequista, ni la labor del maestro, ni la labor del publicista católico; ¡pero cuántas dificultades opone a la fecundidad de esos trabajos!

Porque no hay escándalo tan corruptor como el escándalo del propio hogar.

Y muchos hogares de hoy eso son, fuente perenne de escándalo para los niños que en ellos viven.

¡Qué responsabilidad la de los padres!

No lo piensan bien. No se dan cuenta de su misión y de su deber.

Muchos de ellos más que padres son padrastros de sus hijos.

Ni aun a eso llegan, son sus verdugos.

Tal vez el jovenzuelo que el otro día blasfemó en medio del arroyo vive en un hogar así.

¡Cuántas veces quizás habrá oído blasfemar a su padre!

¡Cuántas veces quizás habrá oído palabras groseras de labios de su madre!

Y en fuerza de oírlas, también él las tiene en la punta de la lengua para vomitarlas a la menor contrariedad o al más ligero contratiempo.

¡Porque salió tan espontánea de sus labios la blasfemia!

Como sale el estribillo de labios de aquel que lo tiene.

M. DE SANTA CATALINA.

PAX VOBIS

Año XXIX

Zaragoza, 4 Febrero 1927

Núm. 667

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 5

Teléf. 1578

Sucursal de EL ECO DE LA CRUZ

Calle Benavente y Moriones, 5.  
fábrica de toquillas (antiguo  
camino del Sábado).



## BALANCE DESASTROSO

Mira, Señor, lo que tu amor me  
[ha dado,  
Repasa bien lo que mi amor te da  
Y haz la cuenta, pecado por pecado,  
Poniéndomelo todo detallado,  
Para ver mi negocio cómo está.

Sospecho que una quiebra me ame-  
[naza,  
Presiento que un fracaso me atenaza  
Entera la razón,  
Y temo que, juzgando por la traza,  
Mi porvenir esté en liquidación.

Un balance total y minucioso  
Me ha dado un resultado desastroso,  
Y hay un déficit tal, en el balance,  
Que sin Vos no podré salir del tran-  
[ce,

Dios Todopoderoso.

Sólo arroja mi activo  
Media docena de frivolidades,  
Y, en cambio, mi pasivo,  
Que diariamente escribo,  
Es un pasivo lleno de maldades.

A precios que no tienen competen-  
[cias,  
El Diablo, que es mi fiel comandita-  
[rio,  
Abastece mi tienda de existencias;  
Lo más rico y más vario  
Que hay en el ramo de concupiscen-  
[cias.

He llegado a ser rico, inmensa-  
[mente,  
Es mi firma la firma más solvente  
Y tengo un formidable capital  
Sólo en cuenta corriente;  
Pero el negocio mío va muy mal.

Tan mal va mi negocio, Dios ama-  
[do,  
Que, con tanto dinero, no he llegado  
A poderos pagar vuestro devengo,  
Y es que, cuanto más tengo,  
Vos aumentáis también lo devenga-  
[do;

Y así, de esta manera, mi riqueza  
La trocáis en pobreza,  
Y tendré menos cuanto más me so-  
[bre.

¡Señor! ¿Queréis decirme con cer-  
[teza,  
Si soy rico o soy pobre?

.....  
.....

La pregunta quedó sin contestar,  
Pues Dios, cansado de esperar la en-  
[mienda,  
Como no había modo de cobrar,  
Llamólo a juicio y le cerró la tienda.

MARCIAL.



—Vamos a ver, Macario, si echamos un parrafito aquí, al amor de la lumbre de este brasero que acabas de encender.

—Pues güena cabecita tengo yo, que paice un volcán de encendida que la llevo. Le digo a usted que... no quisiá tener malos pensamientos, Dios me libre, si falto al pensar mal, pero, en fin, si me dejara llevar de mis pensamientos, yo diría que... sólo de pensalo me entra calentura y digo: "pero si no pué ser, si la tengo cerrada por to los laos... si yo supiera que era cierto lo que m'ha dicho el tío Francisquico, me moría como un relámpago... no quía Dios... almas benditas... Jesús mío... que me va a dar algo.

—Pero ¿qué es lo que te ha dicho el tío Francisquico, ese viejo que ha de ser tu castigo?

—Ayer tarde, ya desesperao, al ver que no se me pasaba este dolor de cabeza, fui a velo y me la examinó de arriba abajo. Y figúrese usted cómo

me me pondría, al decirme muy serio y muy triste: ¿Qué es esto, Macario, qué es lo que veo?; algo que no hi visto en mi vida; por fuerza que a ti t'ha picao algo, pues llevas la cabeza completamente gusanada. No sé cómo no caí redondo como un taco. Y el tío Francisquico miraba pol augero de las orejas y gritaba: ¡Qué barbaridá!; lo menos hay cien millones de gusanos y cómo se retuercen, qué bocas abren! "Mira, mira, Macario, asómate pol augero del oído y verás cosa güena que no has visto en tu vida". ¡Pa mirar estaba yo!, con un miedo que me moría a chorros. "Por Dios, le dije, haga usted el favor de sacámelos todos, uno por uno; no estaré tranquilo hasta que no los vea todos muertos a mis pies, y no me los enseñe, que, si los veo, de asco me muero". Y el tío Francisquico comenzó a sacar: "uno, dos, tres, ¡arrea! ¡qué picotazos dan! Sólo por tú, Macario, sólo por tú haría yo esto, por

lo mucho que t'aprecio; es esta una faena que no se paga con dineros".

—¡Dios mío, Dios mío!, decía yo, ¿quién me lo había de haber dicho? Mi pobrecica madre ya barruntaría algo cuando me decía: hijo mío, somos polvo y gusanos; pero, por lo visto, no me lo quiso decir claro, pa que no m'asustara. ¡Polvo y gusanos, polvo y gusanos!; pero yo pensaba que eso sería sólo un decir. Y ¡aún me decía el tío Francisquico que m'asomara a velos! No en mis días, no, señor, no en mis días.

—Calla, idiota, calla, y que sea la última vez que nombras al tío Francisquico en esta casa. Sólo tu estupidez ha podido creer en semejante disparate. ¡Cómo se reirá ahora de ti, pobre desdichado! Pero ¿no comprendías que ese tío guasón se estaba burlando de tu inconsciencia, cuando te invitaba a que te asomaras por tu mismo oído, para ver los gusanos? Pero ¿tú crees que eso es posible? Y si no, anda, prueba a ver si te puedes asomar al hueco de oído, para ver los gusanos.

—Otra, y es verdá; si no se puede. El caso es que le oía al tío Francisquico y me parecía lo más natural del mundo el asomarme a mi oído lo mismo que él. ¿De modo que no llevo gusanos? ¿De lo que resulta que too ha sido invento de él? Pero ¿por qué al tío Francisquico no le dan garrote y, luego, lo echan a presidio pa toa su vida? ¡Cuidao haceme crer, siendo mentira, que llevaba la cabeza gusanada!

—Y en eso, Macario, no creas que el tío Francisquico te ha engañado gran cosa, si por gusanada se entiende, echada a perder. En lo cual no te diferencias gran cosa de la generalidad de los mortales, que, casi todos, llevan la cabeza gusanada, es decir, echada a perder, como una manzana podrida. Y si no, dime: ¿de qué les sirve a la generalidad la cabeza, como no sea de percha para colgar el sombrero, o como un objeto de adorno que se pone sobre los hombros? El primer oficio, o el primer deber de la cabeza debería ser conocer al Dios que la crió, para amarle y servirle y asegurarse en el camino del cielo. Y esto no le sería difícil; pues el buey conoce a su amo; el asno conoce el pesebre en donde se alimenta; los pajaritos, en el nido, conocen a sus padres cuando les llevan el alimento; el cordero conoce a su madre, la oveja, entre mil, y así todos. Pues bien, el hombre, con una cabeza que se considera de primer orden, con relación a la cabeza de los animales, no conoce a Dios, teniendo como tiene misioneros que por todas las partes le predicán de Dios, que es su Padre. ¿Qué es esto? Que la cabeza de los hombres está gusanada, o echada a perder. Y el caso es que muchos de esos hombres, por una especie de sugestión diabólica, llegan a creer que tienen una cabeza privilegiada, que son verdaderos superhombres y no entienden lo que entiende un pajarito, un cordero, un perro; estando como estamos rodeados de maestros, pues todas las criaturas nos predicán de Dios, no hablan de otra cosa. Los hombres, en gran parte, no entienden ese lenguaje ¿Qué es esto? Que tienen la cabeza echada a perder y no les sirve de nada. ¡Qué confusión sentirán, al



entrar en la eternidad, cuando les diga el Señor: —Qué, ¿no me habéis conocido? Mirad los pájaros del campo cómo me conocieron y todos los animalitos! Creiais ser unos seres superiores y, ahora, resulta que érais menos que los animales: ¡pobres cabezas! *Los cielos cantaban mi gloria y la obra de mis manos la anunciaba el firmamento.* No iba Yo vestido de máscara, no, que iba al descubierto. Bien pudisteis ver en las flores mi hermosura, en la tempestad mi poder, en el rayo mi justicia, en el sol mi luz y claridad, en todas las cosas mi amor y en los cielos el mandato real de mi grandeza. No habéis sabido leer en el gran libro de la creación; tan sólo supisteis leer unos libros negativos que nada enseñaban de lo que más os convenia. ¡Desdichados! Teniais la cabeza gusanada, echada a perder, y ya sabéis lo que se hace con las manzanas que se gusanan totalmente: se tiran al pudridero, porque no sirven, son cosa podrida. Y hay aún algunos que dicen: “No, Dios no lanzará esas almas que creó y que tanto le han costado al infierno; le hará duelo, tendrá compasión, sentirá tanta ruina”. Sí, seguramente, Dios sentirá que esas almas se hayan perdido. Pero lo sentirá como siente el jardinero que se le gusanen los frutos; pero, una vez que se han gusanado, a pesar de su sentimiento, los tira, por eso, porque se han gusanado y no sirven más que para el pudridero. Bien claro ha hablado Dios ya en este mundo, que Dios no se disfraza, no es una máscara.

—Hombre, a propósito de máscaras. Resulta, *señor*, que ya estamos en Carnaval, digámoslo así.

—Noticia fresca; en carnaval estamos siempre, hombre.

—No, *señor*; en carnaval sólo estamos por *ahura*, de *Raves* a la *Cuaresma*.

—Que no, Macario; ¿cuándo decimos que estamos en carnaval?

—Cuando vemos que la gente se disfraza y se visten de lo que quieren.

—¿Es así que la gente va siempre disfrazada? Luego...

—No, *señor*, la gente no se disfraza más que en carnaval.

—Te engañas, Macario, te engañas. La gente va disfrazada todo el año. Una prueba. Antes no había para ti otra cosa que el tío Francisquico. Según tú el tío Francisquico era tu amigo, tu hermano, tu mismo padre. ¿Qué te pasó cuando, al Pilar, te fuiste de casa y te viniste a refugiar en la suya? Tú mismo lo decías: “Este no es el tío Francisquico, me lo han cambiado, ¡qué chasco!” Luego, has olvidado aquella mala partida; lo cual únicamente demuestra que tú tienes poco entendimiento, pero aún tienes menos memoria. Con esto de los gusanos de tu cabeza, has visto también que el tío Francisquico se estaba burlando de ti. ¿Qué te dice todo esto? Que el tío Francisquico es una máscara, que se presenta como amigo y, en el fondo, es un verdadero truhán, no es lo que parece, es una verdadera máscara. Si él viniera y, delante de mí, te preguntara: “¿Me conoces, Macario?” Yo contestaría por ti y diría: No, no le conoce, de tan bien disfrazado que va usted. Se viste usted de padre y es su padrastro; se

disfraza de sabio y es un idiota; se viste de amigo y es usted el mismo Judas en persona. Y no solamente el señor Francisco, sino muchas otras personas, casi estoy por decir que la mayoría. ¿No ves, Macario, muchas personas de formas muy finas, dulces, que parecen un caramelo, que uno dice: “qué bien se debe vivir en compañía de esos seres?” Y entras en su casa, allí, donde debía derramar más la miel y el azúcar, para hacer agradable la vida de los que le rodean; y resulta lo que realmente es; lo de la calle no era más que máscara. Allí, en su casa, nadie la puede aguantar, nadie le da gusto, no se le puede hacer ninguna observación, todos son malos menos ella. ¿Qué es? otra máscara, que no sale a la calle si no es con el disfraz, para que nadie la conozca; porque, si la vieran como es, se le haría imposible la vida. Otras veces, vemos a una persona, que parece la más humilde de la tierra, hasta nuestro Señor Jesucristo parece que se queda detrás. No habla si no es muy despacio, con las manos plegadas, los ojos en blanco y entrecortada la conversación con tales ayes y suspiros que parece que se va a romper al menor esfuerzo. Pero, atreves a llevarle la contra, pisadle un poco, hacedle frente y la veréis allí, erguirse como una serpiente, echar espumarajos por su boca, poner el grito en el cielo y bajar a la tierra, pegando fuego a todo con el tizón de la discordia y el odio más refinado. ¿Qué ha sido? Pues nada, el mismo Satanás que ha tenido la vileza de vestirse de ángel de luz, siendo la misma soberbia en persona: una máscara más. Y así, me haría interminable, Macario, me haría interminable, si fuera a explicarte la extensión que, en la vida, abarca el carnaval.

—Basta, basta, sí, *señor*, pone usted las cosas muy claras, y es verdad. M'alcuerdo ahora de la *Mieles*, que, en mi pueblo, a todos *nus* tenía encantados y, cuando se casó, su madre le dijo al *Topo*, que iba a ser su marido: “hijo mío, te llevas un corderico, un verdadero corderico, que m'ha costao mucho el *crialo*”. Antes de ocho días, volvió el *Topo* con el corderico aquel y le dijo a su madre: “aquí *tié* usted el corderico; m'ha *salío* la peseta falsa, no es un corderico, es un verdadero lobo; *miusté*, *miusté* la señal de sus dientes —y le enseñaba un brazo todo deshecho a *bocaos*. Sí, *señor*, no hay más que máscaras en el mundo, *too* es carnaval.

—Tampoco es eso. No, hay algo todavía en esta sociedad enferma y abrasada por la fiebre del pecado, que no es carnaval, y es el eterno Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo y todo lo que El toca, porque El es la verdad transparente y sin máscara y que deja caer, en medio de este festín babilónico en que se gastan los pueblos, las eternas verdades que han traído al mundo y que son la vida de aquellos que las reciben con buena voluntad. Son los únicos que gozan algo en este destierro; los demás, los que viven de espaldas a Jesucristo, viven con el alma estrangulada toda la vida. Fuera de Jesucristo no hay más que la muerte; pero es tarde y dejaremos esto para otro día.

—¿Aún le *paice* que ha dicho usted poco?

—Al hablar de Jesucristo, hijo mío, lo difícil no es hablar, lo difícil es callar.

EL MAGO.



## ECOS DEL SAGRARIO

¿Que qué hicieron los Santos para ser santos?

Nada más que esto: amaron a Dios. Sólo que le amaron de veras.

Con toda el alma.

A pesar de todo y por encima de todo.

Después..., su amor les fué diciéndolo lo que habían de hacer.

Y es natural, ¿qué otra cosa les podría decir sino que hiciera siempre obras de verdadero amor?

—¿Ayunar? es poca cosa.

—¿Disciplinarse? muy poca cosa todavía.

—¿Dormir en lecho duro? todavía es menos.

Lo único que es algo grande, porque ello es todo, es resignarse en manos de Dios para que El haga lo que más le pluguiere.

Y sea lo que fuere lo que El haga, bendecirle por ello, y precisamente por esto, porque lo ha hecho El.

Más puro amor de Dios que éste no lo hay.

He caído de hinojos ante las puertas del Tabernáculo, y he sentido envidia de todo lo que me rodeaba.

Del Tabernáculo que está recubierto como de oro.

Del mantel del altar, blanco como nieve.

De las velas que se iban consumiendo en tierno y abrasador homenaje al Cristo Sacramentado.

El único que no *entonaba* allí era yo.

Yo frío, cargado de miserias, pobre miserable.

Me sentía desfallecer.

Y sin fuerzas para otra cosa, heme atrevido a suplicar: ¡Señor, si Vos quisierais!

—Comulgas todos los días, está bien.

¡La Comunión! es nuestro sostén, es nuestra fuerza, la vida de nuestras almas.

No se comprende cómo hay cristianos que puedan prescindir de la Comunión.

Pero oyeme, y así, para los dos solos: si la Comunión es vida, se nos dará para vivirla, ¿no?

—¿Y la vivimos durante todo el día?

Porque a ratos ¡quién sabe! tal vez Cristo podría decirnos: esa vida que vives será tu vida, pero la mía no.

Y esto no debe repetirse ¿no te parece?

M. DE SANTA CATALINA.



# HOJA PARROQUIAL DE ALCOBENDAS



## Fiestas de Nuestra Señora de la Paz

Cuando, fatigados por largas vigili-  
as, nos entregamos al des-  
canso reparador de nuestras fuer-  
zas y soñamos con deleite en las  
pasadas fiestas, remontándonos  
con nuestra imaginación a la mis-  
ma fuente de las eternas ventu-  
ras, acariciando entre sueños el  
ideal de la belleza, de la grandeza,  
de lo sobrenatural, de lo incon-  
cebible, de lo eterno, nos senti-  
mos subyugados por tanta majes-  
tad y agradablemente sorprende-  
dos y como absorbidos en la plenitud  
de la perfección sublime y no  
quisiéramos volver de ese sue-  
ño plácido y bienhechor. Lo mis-  
mo me sucede a mí en estos mo-  
mentos. Las fiestas de nuestra  
Patrona me han parecido un sue-  
ño; pero un sueño deslumbrador,  
un sueño que nos levanta de es-  
ta vida perecedera a la vida per-  
durable, en alas del amor de la  
Virgen de la Paz.

Cuando el día 23 de Enero, al  
acompañar la banda de Colmenar  
Viejo a las Vísperas solemnes, y  
cuando, al anochecer, se escu-  
chan las armonías cadenciosas y  
solemnes y las voces que vibran  
en el espacio como el eco de las  
alabanzas en el Empíreo, parecía  
que el inteligente profesor y Di-  
rector de orquesta de las Calatra-  
vas, de Madrid, D. Leopoldo  
Verdaguer, nos elevaba a regio-  
nes desconocidas, a las regiones  
de la armonía eternal, inspirán-  
donos sentimientos suprasensi-  
bles, dejando nuestros cuerpos  
de barro para que nuestra alma  
disfrutara el ambiente que nos  
conforta en medio de nuestras  
lágrimas y miserias.

El 24 asistimos a la solemní-  
sima Misa, derrochando, como los  
demás días, la dicha Capilla de  
música sus conocimientos musi-  
cales nada comunes, haciendo el  
panegírico D. Rogelio Jaén,  
Coadjutor de la Parroquia de  
Santa Teresa y Santa Isabel, de  
Madrid, elogiando la paz traída  
al mundo por el Príncipe de la  
Paz, Cristo, por medio de la Ma-  
dre de la Paz, su Santísima Ma-  
dre, ensalzando la devoción de  
D. Vicente Aguado Alvarez, que  
ofreció este sermón como testi-  
monio de agradecimiento, de ca-  
riño y en sufragio de su inolvida-

ble tío D. Felipe, sacerdote de es-  
ta villa, Ecónomo de la misma  
por espacio de 16 años, y cuya  
memoria perdura y perdurará  
siempre como la de un sacerdote  
integérrimo, laborioso, bueno y,  
si se me permite, santo. Estuvo a  
la altura de las circunstancias, de  
su elevado carácter y de su no  
discutida elocuencia.

Y cuando por la noche, salió la  
Señora en procesión para bende-  
cir a sus hijos, a los ricos y a los  
pobres, a los hombres y a las mu-  
jeres, a los ancianos y a los niños,  
a los sanos y a los enfermos, el  
entusiasmo subió de punto, y  
cuando se escuchaban como un  
eco lejano los motetes cantados,  
simbolizando las arpas de los án-  
geles cantando a su excelsa Rei-  
na, la muchedumbre enfervori-  
zada ahogaba en silencio los sen-  
timientos cristianos de su cora-  
zón.

El 25, fiesta del Milagro, que  
ya conocen nuestros lectores, hu-  
bo también Misa solemne, ocu-  
pando la cátedra del Espíritu  
Santo el elocuentísimo orador  
Monseñor Amadeo Carrillo, el  
cual, en una pieza oratorio-litera-  
ria inimitable, empezando con  
una invocación exclusivamente  
suya, hablando después de los be-  
neficios obtenidos en Alcobendas  
por la intercesión de la Virgen  
de la Paz, dirigiendo de nuevo  
sus súplicas a la Virgen, siguien-  
do después en un brillante párra-  
fo de historia patria los benefi-  
cios de la Virgen a España y las  
proezas de nuestros guerreros, de  
nuestros capitanes, de nuestros  
marinos, de nuestros literatos y  
artistas cuando teníamos verda-  
dera fe, terminando con una plegaria  
de arrebatadora elocuencia.

Por la noche, como hace 50  
años, salió en procesión la ima-  
gen de nuestra Patrona hasta la  
casa que habitó Juan Perdigue-  
ro, la casa del Milagro, hoy ha-  
bitada por doña María García y  
sus hijos, y al penetrar la Vir-  
gen en aquella casa, todas las vo-  
ces enmudecieron, lágrimas fur-  
tivas se deslizaron de muchos  
ojos y plegarias fervorosas sa-  
lieron de muchos labios, en espe-  
cial cuando se oyó el canto de un  
motete y cuando el que suscri-  
be rezó un Padrenuestro por  
Juan Perdiguero y sus parientes

difuntos. En esta procesión cre-  
ció la muchedumbre, el entusias-  
mo y la fe de Alcobendas y de  
los pueblos de San Sebastián de  
los Reyes, de Tetuán, Fuencarral  
y Madrid, que asistieron como  
hace 50 años. Gloria a nuestra  
Virgen, y nuestra entusiasta en-  
horabuena a doña Paulina Díaz  
Campilla, que, en unión de su  
esposo D. José, ofrecieron el  
magnífico sermón de este día.

El día 26, hubo Misa solemne  
de Requiem en sufragio de los  
difuntos que contribuyeron a es-  
tas fiestas desde su establecimien-  
to, pronunciando la oración fú-  
nebre D. Sebastián Rodríguez  
Larios, girando todo su discurso  
hermoso y elocuente en torno del  
pensamiento de la educación del  
niño por su madre, recordando,  
con fruición y emocionado, el día  
en que su madre lo llevó a él de  
la mano ante el altar de la Vir-  
gen, recuerdo imperecedero para  
el hombre cuando la nieve de los  
años y el desengaño del mundo  
enseñen al hombre a pensar en la  
inmortalidad, y así, cuando la  
madre, antes de cerrar sus ojos  
a esta vida, pueda decir a su hi-  
jo: Hijo mío; no te dejo rique-  
zas temporales, pero te dejo la  
devoción a la Virgen, y cuando  
te quedes sin madre en la tierra,  
sepa acudir a tu Madre del Cielo,  
la Virgen de la Paz. Nuestra  
cordial enhorabuena a D. Pauli-  
no Aguado, que ofreció este ser-  
món, como todos los años, por la  
tradición de su madre, en su su-  
fragio y de sus difuntos.

No resta ahora sino dar un  
voto de gracias a las dignas au-  
toridades, a la Comisión de fes-  
tejos, a D. Leopoldo Verdaguer  
y a la banda de Colmenar Viejo,  
a todos los hijos de Alcobendas,  
y no olviden que envidia su fe,  
su entusiasmo, su devoción, y les  
desea mucha salud para celebrar  
estas fiestas muchos años y para  
acrecentar, si fuera posible, su  
devoción, al propio tiempo que el  
esplendor de estas fiestas, el más  
indigno de todos los vecinos de  
Alcobendas, que es

EL CURA PÁRROCO.

A. M. D. G.

Tip. Gambón : Canfranc, 3, Zaragoza